

LA FAMILIA Y LA CATEQUESIS

EMETERIO SORAZU

Cuando uno mismo goza de su familia como la mejor experiencia de vida, de fe y de vocación sacerdotal, no le resulta difícil decir y expresar que «la familia es lo más grande». Y si, como en mi caso, a otros muchos también les acompaña la suerte de venir experimentando la catequización desde los padres, entonces puede decir: «Este es el mejor futuro de nuestras parroquias».

Ambas vivencias colorean los pilares de las convicciones que vengo a exponer en torno al tema de la catequesis familiar.

Por supuesto que parten de una experiencia compartida casi en una decenas de aos. Experiencia que arranca en la pastoral prebautismal y postbautismal, de padres. Experiencia que prosigue en los tres años que preparan a los hijos a la primera eucaristía y que continúa en otros dos cursos posteriores, siendo padres-pareja los que les vienen acompañando en la fe. Experiencia posterior, además, de pastoral de adolescentes y de jóvenes, donde los padres apoyan y respaldan el proceso de fe de sus hijos, siendo ellos una plataforma grupal de padres cristianos, como referencia modélica y de acogida para éstos.

Hay parroquias en las que el matrimonio y la realidad familiar cubren etapas y espacios más plenos aún. Yo no he llegado a ello, pero conozco algunas experiencias. Me gustaría llegar a esa iglesia doméstica trigeracional común: grupos de abuelos-adultos, grupos de padres y grupos de hijos.

Comencemos conociendo la experiencia, tanto en sus lagunas como en sus logros: ¿cómo está la familia en la pastoral de evangelización y de catequesis? Invito a los lectores de estas líneas a seguir la experiencia que brota en la familia doméstica y que desemboca en la Iglesia-comunidad de comunidades.

1. LA FAMILIA, HOY

Hoy en día el hecho familiar reviste un interés notable y, a su vez, se ve afectado por intereses contrastados, sobre todo por intereses externos a la misma familia.

Por una parte por su carácter institucional, la familia está involucrada en una época de gran *crisis institucional*: eclesial, estatal y social. Por otra, por ser el espacio fundamental de la vida y del ser de la persona, depende constantemente de factores históricos, culturales y educativos.

Prestemos atención a estas instituciones externas que más están influyendo en la familia, a partir de algunas de sus manifestaciones más notables.

A) *Crisis familiar, desde la Iglesia*

Nadie puede negar la gran profusión de doctrina y documentación existente en el seno de la Iglesia con respecto al sacramento del matrimonio y a la familia.

Pero resulta de gran incidencia crítica una serie de limitaciones que vamos a sugerir. Nos hallamos ante

a) Excelentes teologías, pero desde «agentes célibes».

Desde diversos aspectos, la Iglesia viene elaborando no pocos tratados teológicos. Tratados teóricos, cuyos agentes, en su mayoría, son célibes, sin intervención alguna de los padres como primeros arquitectos de la familia. Y aunque los primeros merezcan un sincero reconocimiento por su labor, toda esta oferta parece, a la hora de la verdad, más una pastoral «exterior» que interna.

b) Parroquia-Iglesia, como modelo único de referencia creyente.

En la práctica diaria e inmediata de la familia, la parroquia pretende ser el único modelo de referencia para el creyente. Iglesia que, desde su constitución promotora clerical, resulta más una jerarquía vertical y de personas célibes que viven solas en su mayoría o con escaso relieve familiar, distantes. Iglesia que, por otra parte, no acaba de descubrir con valentía el valor fundamental, educativo-vivencial y comunitario del matrimonio como sacramento.

No es la parroquia la que busca crear el modelo de familia parroquial desde espacios y valores familiares; antes bien proyecta el modelo sacramental parroquial a todas las familias.

c) Con una evangelización orientada a la sacramentalidad.

Es un hecho muy alentador observar tan amplio esfuerzo de nuestras parroquias de cara a la evangelización o educación continuada en la fe. Pero las etapas de esta educación progresiva en la fe resultan sumamente empobrecidas

- o porque están orientadas únicamente a la recepción de los sacramentos;
- o porque los mismos padres no son los agentes catequistas que acompañan a sus hijos;
- o porque sus contenidos resultan de más sabor catequético-doctrinal que de interrogantes vitales y de búsqueda.

¿Cuántos agentes catequistas, marido y mujer juntos (padre-madre), están implicados en la tarea de evangelización? ¿Cuánto se valora en la misma pareja familiar la gracia permanente del sacramento del matrimonio, como estilo de vida y de fe?

d) Temerosa de promover la vivencia familiar como primer modelo de iglesia comunitaria.

Numerosos intentos de pastoral familiar y matrimonial, bien parroquiales o paraparroquiales, siguen sin «entrar» de lleno en la comunidad parroquial. En algunos casos, porque no encuentran cauces corresponsables en la misma. Otras veces, porque la Iglesia, desde sus máximos responsables, no se fía ni parece dispuesta a aceptar la inmediata integración de la familia, como tal familia, en la misión de la Iglesia. Estos últimos años las pastorales de nuestros obispos vienen subrayando con insistencia que «la familia es la primera comunidad cristiana»; pero, en la praxis, la vocación seglar y matrimonial queda tan sólo a las puertas de la actividad eclesial.

B) *Crisis familiar, desde el poder establecido*

Las plataformas políticas, tanto estatales como autonómicas, no adoptan una postura «angelical» o «ingenua», si observamos la atención que prestan a la familia.

Proliferan las palabras, los eslóganes y las promesas. Abundan los protagonismos. Los adolescentes y los jóvenes son el «blanco» de sus programas. La inculturación y las mediaciones autóctonas, así como los símbolos de relación afectiva, son utilizados bajo promesas paternalistas y llenas de «rico poder». Parece asomarse la identidad de los «nuevos padrinos» de la actual familia social.

Destacaría aquí dos influencias fuertes para con la familia:

a) Prevalencia y supravaloración de las «ideologías».

Intentemos recoger las propuestas y las promesas ofrecidas por las diversas ideologías en sus programas cara a las últimas elecciones democráticas. Poco cuesta comprender cómo la ideología es anterior a cualquier realidad humana y aún más, superior a la misma familia. Algunos partidos se presentan como la «verdadera familia popular, estatal». Tras estas expresiones, ellos se ofrecen como «padres» de los niños y de los jóvenes, erradicándolos así de quienes les han proyectado con amor y vida comunitarios en el hogar familiar.

En este sentido y debido a toda esta táctica y estrategia (normalmente indirecta), sorprende no poco cómo los distintos símbolos y lenguajes usados por los políticos (significaciones de la vida, paternidad-maternidad, fraternidad universal, etc.) eliminan casi del todo las referencias de dependencia afectiva-comunitaria-creyente entre padres e hijos. Poco a poco, vamos «aceptando» (como suplencia a la convivencia familiar connatural) la masificación, la soledad irreversible, la rebelión de los hijos frente a los padres, la afiliación política y voto...

En tal contexto, casi resulta ingenuo recordar la necesidad de retornar a los valores familiares. Un nuevo «pan» ha suplantado al «familiar». Asimismo, parece que las mejores vivencias, que cuesta años transmitir y lograr desde los padres, puedan adquirirse por obra de un simple voto, de un emblema o un eslogan.

Yo creo realmente que los mejores valores y actitudes ante la vida los hemos mamado en nuestra familia, desde el acompañamiento diario por parte de nuestros padres. Quizá deberíamos tener esto muy presente.

b) Reclusión de los valores permanentes y creyentes del hecho familiar.

Si todo lo anterior reviste gravedad, más grave aún me parece la postergación y la exclusión de los valores llamados «permanentes» de la realidad familiar: una enseñanza neutra (como la más «objetiva» y «liberadora»); una educación ecológica de tiempo libre (erradicando a los hijos de los lazos familiares y parentales); los «week-ends» (como los mejores espacios festivos, capaces de dar sentido a la vida)...

Empieza a parecernos normal la «reclusión» de lo religioso y creyente, reducido a la intimidad y a las «sacristías». Es este un modo estratégico para no presentar alternativas de ser persona, de responsabilidad y conciencia, de justicia personal y grupal, de mediaciones creyentes, etc.

c) Crisis familiar, desde la sociedad de consumo.

Los criterios-ejes de la sociedad de consumo distan mucho del reconocimiento de la familia y del respeto a la misma.

Estos criterios, tal como aparecen en los medios de comunicación social

- potencian más lo individual que lo colectivo e interpersonal;
- resaltan más lo pasajero que lo permanente;
- explotan lo aparente de la persona frente a su profundidad e identidad más honda;
- promueven una felicidad asegurada desde el consumo, no desde la relación y diversidad de uno mismo, de la autodonación de la persona entera.

Sin afán de ofrecer un análisis exhaustivo, recordemos algunos datos que demuestran que la familia muchas veces es un mero juguete: queda reducida a un puro objeto de los intereses económicos o de la moda social:

- «promociona» desde el bolsillo, para la moda y la apariencia;
- trata de crear una relación superficial, liberal y de carácter clasista;
- promueve una «convivencia feliz» (e, incluso, más «familiar») explotando nuevos espacios de tiempo, calendario y ambiente, derivados de gastos superfluos y «escapándose» de lo diario, de lo responsable;
- a nadie se le escapa la corrosiva significación «nueva de estas realidades que afectan tan de cerca a la paternidad-maternidad: vida, aborto, amor, sexualidad, ahorro, lotería, suerte, deslíz, ateísmo, etc.

Comprendo que el balance resulte duro y de fuerte crítica, pero la verdad es que ese es el vestido con el que le toca «bailar» a la familia en la actualidad, en mayor o menor grado.

Todas estas circunstancias hacen que la familia haya dejado de tener identidad, originalidad, comunitariedad.

El «desmantelamiento» familiar ha dejado al descubierto una estructura familiar bastante delicada: situación de «isla», carencia de proyectos, soledad ante la vida; sola ante el amor, ya que cada nueva criatura no es acogida como el mejor premio a la convivencia de pareja; sola ante la fe, ya que apenas hay motivaciones de confianza, de diálogo, de búsqueda, de perdón, de sensibilidad religiosa; sola ante la comunitariedad, pues, ante la insatisfacción por la experiencia de casa, se tiende hacia la masificación y el escapismo; solos ante los hijos, ya que éstos casi desde su comienzo han vuelto las espaldas a sus progenitores, yéndose tras la pantalla, los atractivos recreativos, los domingos sin encuentro comunitario de fe y de fiesta, las múltiples diversiones y clases particulares, etc.

Ante todo este horizonte, nada halagüeño para la realidad familiar, quiero pasar a exponer algunos de los pasos que necesitamos ir dando con el mayor número de familias posibles y con urgencia de tiempo:

- la familia debería ser la mejor escuela de valores duraderos;
- la familia, como escuela de fe progresiva (Iglesia doméstica);
- los padres (ambos padres), como agentes educadores en la fe;
- la vivencia familiar como plataforma excepcional de pre-catequesis;
- la catequesis familiar, creadora de parroquias estructuradas desde la familia;
- el matrimonio, como una vocación y un sacramento o instrumento al servicio del proyecto salvador de Dios en Cristo;
- las vivencias familiares, como pre-sacramentos de la comunidad cristiana;
- la parroquia, como encuentro y comunidad de comunidades familiares;
- la familia como Credo básico de la vida, del amor, de la fe, de la militancia, de la vocación misionera, del amor de Dios Padre y de los hermanos;
- la familia, como puerta de entrada y como encuentro con la sociedad humana.

Todo este abanico de espacios pastorales de la familia (posibles y válidos) no puede ser atendido únicamente por el esfuerzo de la catequesis familiar (reducida a la infancia y a la recepción de los dos sacramentos de la primera penitencia y de la primera eucaristía); ni por la pastoral matrimonial (encuentro mutuo de unos matrimonios entre sí); o por las Asociaciones de Padres Cristianos (como plataforma de defensa de ciertos derechos culturales o religiosos).

2. LA EDUCACIÓN EN LA FE Y LA FAMILIA

Desde la convicción personal y desde la consagración como sacerdote a anunciar a tiempo y a destiempo el Evangelio del Espíritu de Jesús y a acompañar a jóvenes y padres en el proceso de la educación en la fe, quiero dar cauce y expresión en las líneas que siguen a lo que ha sido mi mayor gozo pastoral.

A) *Ser cristiano es ser animador en la fe*

Siempre he visto con claridad que el bautismo me ha dotado de una gracia de paternidad en el Señor y de fraternidad para con mis semejantes. Por eso, mi lenguaje y mi andadura, mi búsqueda y mis relaciones han quedado comprometidas *para con los demás*. Soy creyente en el Padre y en los hermanos. No puedo quererle a él si no es unido a otros; así como no puedo amarles a ellos si no es unido al amor del Padre. La verdad es que todo bautizado consciente de su vocación, debe ser «padrino» y «mensajero» del proyecto salvador de Dios Padre para todos los hombres.

Nadie tiene derecho a retener ni esconder el don bautismal. Pero esta exigencia de ser profeta (misionero y educador) reviste mayor compromiso de militancia en quienes expresamos nuestra consagración «sacramental» desde el matrimonio, desde el sacerdocio, e incluso desde la confirmación (como primera militancia).

Esta reflexión es «buena nueva» para muchos matrimonios. La verdad es que están esperando a ser llamados a esta misión; están esperando a ser reconocidos en esa fuente vocacional. Dejemos de lado tantos análisis exponiendo los «derechos y los deberes» de los padres, para ponernos delante de Dios Padre en su paternidad-maternidad y en su comunitariedad familiar.

B) *Ser padres cristianos es ser animadores en la fe*

Todos sabemos por propia experiencia que nadie puede hacer comprender a otro algo sin haberlo experimentado previamente. Y el mejor educador es aquel que va por delante en la experiencia, que no sólo enseña sino que trasparenta su propia vivencia.

La transmisión y la experiencia de la fe no es excepción en esta materia. La fe no crece sino desde la experiencia, desde la vida y desde el contagio. La fe no cunde en los hijos, remitiéndolos a otros educadores; ni «rellenando las fichas» de la catequesis; ni «mandándolos» a misa. Los padres se hacen más padres y mejor sacramento y modelo de seguimiento, cuando ambos caminan delante tratando de acompañar a los hijos desde su misma experiencia. El matrimonio es sacramento multiplicador, siempre que el marido (siendo padre) y la mujer (siendo madre) trabajen juntos, catequicen juntos, oren juntos, dialoguen el mensaje evangélico juntos, celebren la fe y el compromiso eclesial juntos.

Al ver la experiencia de estos últimos años, cada vez comprendo mejor que lo más grande para unos padres es compartir la labor de ser animadores en la fe recíprocamente junto a otros matrimonios a la vez que animado-

res de sus hijos junto a los hijos de otros matrimonios. La familiaridad mejor es la que se desprende del nombre y la fe familiar, compartida con otras familias que buscan ser comunidad. El ser padres hace a la comunidad; y la comunitariedad hace crecer la fe del matrimonio.

C) *La educación en la fe camina con la vida hasta el final*

Muchas veces a la hora de explicar lo que es la educación, hemos recurrido al ejemplo de un viaje con diversas etapas. En parte resulta esclarecedora esta explicación si bien conlleva el riesgo de que cada uno nos cerremos en nuestras etapas (las que nos convienen) y así lleguemos a perder el sentido global y final de nuestra vida. La vida no la podemos cuantificar numéricamente (por el número de años). Tampoco podemos «satisfacer o silenciar» la fe desde unos peldaños superados en función de los hijos.

La montaña no es la última expresión de la creación; es la más relevante. Pero así como las montañas son múltiples, así también las metas de las etapas de la vida y de la maduración en la fe cristiana resultan muchas. Es un serio error el considerar los sacramentos como «metas» últimas. La meta última y definitiva es nuestra «pascua» en el Señor; es decir, nuestra identificación con el Padre y con los hermanos con quienes hemos vivido y amado.

Los hijos lo son para ser familia con los familiares (los de cerca y los de lejos). «Es mal hijo el que a cierta edad no sabe ser padre de su padre», dice Laín Entralgo.

Si recurrimos al símil del lenguaje personal, podríamos decir que la vida comienza con el descubrimiento del «yo» para buscar al «tú» y, juntos, encontrar en el «nosotros» a Dios Padre y a los hermanos. Este es el mejor parentesco y el más serio. Y la fe se hace grande (cristiana) siempre que trabajemos desde nuestras propias familias para realizar el mejor proyecto de este parentesco que Jesús mismo nos ha revelado: Dios es Padre nuestro y todos nosotros hijos.

D) *La catequesis familiar es hoguera y fuente de fe*

La primera tarea de una familia es sentirse familia; tener y mantener la identidad de padres e hijos. Pero, a su vez, la familia no nace sino que se hace. Es alcance y fruto de toda la vida.

Así como la hoguera mayor es la que congrega mucha madera, así también la fe paterna se hace mayor siempre que se hace catequesis desde casa.

La conciencia y la madurez en la fe van a la par de la conciencia y madurez en la filiación (y en la paternidad).

Los padres deben de ser capaces de significar y traducir el espíritu del Evangelio cada día. El Evangelio que lleva a la fe y al amor está iniciado en Jesús; pero no está concluido. Cada matrimonio-sacramento, es nuevo brote de fuego y de agua, que el Señor se goza en multiplicar gracias al milagro de su dadivosidad eterna e inagotable. Cuando Dios se hace familiar en los padres, los hijos le llaman Padre nuestro. Cuando la fe se hace familiar en los padres, Dios Padre bendice a sus «hijos» en nuestra fraternidad. Cuando la catequesis brota en casa, el Evangelio es antorcha, es fuente...

Y para que el Evangelio pueda ser escuela de fe doméstica, es indispensable que los padres vayan saboreando a diario, no la repetición de las escenas y actitudes evangélicas, ni su mera memorización, sino su «traducción» original, de seguimiento. Desde el momento en que los padres disfruten al ver que sus vidas son «discipulado» del grupo eclesial de Jesús, buscarán con la frecuencia posible la fidelidad a dicho espíritu dentro de la coherencia de sus gestos y actitudes modélicas. Esto es lo propio de la escuela: conocer, saborear, personalizar, recrear, compartir, celebrar, vivir, multiplicar. Este es el modo natural de la catequesis familiar. Modo que supera los lastres de lo ritual, lo «social» (lo de todos); lo aparente.

F) *El Señor repite el milagro de su vida y de su amor en los padres*

La elección de la vida no es nuestra; pero sí el ejercicio de su libertad y responsabilidad. En esa experiencia libre y responsable no estamos solos. Alguien motiva, anima, apoya, acompaña nuestra andadura: es el Señor. Es alguien que goza en correr tales riesgos. Alguien que ama antes que todo y siempre lo bueno, lo verdadero, lo bello. Y aunque nosotros desfallezcamos en nuestro torpe empeño de destruir, acaparar, falsificar, protagonizar, incluso «pecar» (darle la espalda, borrarle de nuestra vida real), él sigue adelante hacia la nueva vida, hacia un nuevo amor.

Y lo único que justifica esta actitud es que el Señor tiene un proyecto bueno para todos los hombres. En el ejercicio de su paternidad y en el disfrute de nuestra salvación filial.

Todo esto nos hace retraducir el puesto y la misión de los padres en la familia. Ellos son el rostro vivo del proyecto del Señor. Son el milagro gozoso en cada mañana de la vida y del amor que el Señor les confía, les regala.

Y en esta experiencia el Evangelio de la Vida y del Amor salvador no se hacen literatura ni ley; son el mismo pan «milagroso», la misma «fuente»

milagrosa, la misma «luz» salvadora del Señor en cada espacio familiar humano (tanto a nivel concreto como universal). Con las manos humanas de los padres el Señor todo lo conduce a la Vida y al Amor. El regalo, creado y proyectado por él, es la sorpresa, la bendición y la salvación del pueblo entero de Dios; formado por las familias portadoras del evangelio.

¡Qué gran proyecto es este: *los padres* creadores del amor, creadores de una vida para no morir nunca, re-creadores de todo lo gratuito, amasadores del pan fraternal y salvador, beso del perdón, latido de Dios Padre!

4. LA CATEQUESIS FAMILIAR

Acabamos de ver los aspectos fundamentales de la catequesis familiar:

- Padres cristianos en cuanto padres animadores en la fe;
- Catequesis familiar como parte del proyecto del Señor;
- Escuela doméstica portadora de la vivencia de valores duraderos;
- Experiencia de la fe como tarea de toda nuestra vida;
- El ámbito familiar como lugar («campamento») del Señor;
- La familia cristiana que constituye la célula primera de Iglesia;
- Padres catequistas como la mejor garantía de la fe;
- Escuela de padres como la mejor garantía de comunitariedad.

Esta estructura educativa-catequética-grupal-sacramental no es experiencia tan reciente. Tampoco tenemos por qué llevarnos las manos a la cabeza frente a ciertas experiencias de catequesis familiar, demasiado innovadoras. Lo cierto es que la familia se merece la felicitación y la atención de la Iglesia ya desde antiguo. Y para subrayar esto, vamos a recordar algunos datos de la Biblia, así como de la doctrina de la Iglesia que nos ayuden a entender la familia como aquella «Iglesia doméstica» en la que acaecen la salvación y el misterio pascual. Empecemos por el Antiguo Testamento.

A. *Catequesis familiar en la Biblia*

La catequesis familiar acaece en el seno del pueblo de Israel hasta llegar a la época de Jesús. Aduzcamos algunos textos:

a) Antiguo Testamento.

Llama la atención en estos textos cómo en ellos se expone una cosmovisión total de la vida y de la historia; se abre hacia una fe liberadora; se remarcan las celebraciones básicas de la pascua.

— *Deut. 4, 9*: «Ten cuidado y atiende bien. No vayas a olvidarte de estas cosas que tus ojos han visto, ni dejes que se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida; enséñaselas, por el contrario, a tus hijos y a los hijos de tus hijos».

— *Deut. 11, 19*: «Poned estas palabras en vuestro corazón y vuestra alma, atadlas a vuestra mano como una señal, como recordatorio ante vuestros ojos. Enseñádselas a vuestros hijos hablando de ello cuando estés en casa y cuando vayas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes. Las escribirás...».

— *Exod. 12, 26*: «Y cuando os pregunten vuestros hijos: '¿Qué representa para vosotros este rito?' responderéis: 'Este es el sacrificio de la pascua de Yahvéh, que pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios y salvó nuestras casas» (Cf. 13, 8; 13 14).

Sobre la educación en general, es extraordinaria la mención insistente en el libro de los Proverbios:

— *Prov. 1, 8*: «Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no desprecies la lección de tu madre».

— *Prov. 3, 21-22*: «Hijo mío, guarda la prudencia y la reflexión, no se aparten nunca de tus ojos; serán vida para tu alma y adorno para tu cuello» (Cf. 3, 1).

— *Prov. 4, 1-6*: «Escuchad, hijos la instrucción del padre, estad atentos para aprender inteligencia porque es buena la doctrina que os enseño; no abandonéis mi lección. También yo fui hijo para mi padre, tierno y querido a los ojos de mi madre. El me enseñaba y me decía: sujeta mis palabras en tu corazón, guarda mis mandatos y vivirás» (7, 1-3), etc.

Resulta precioso el texto recogido en *los Salmos*, que hace hincapié en estos tres puntos básicos de catequesis familiar:

- . celebrar las grandes proezas de Yahvéh con nuestro pueblo;
- . convicción de que Yahvéh seguirá siempre actuando en el futuro;
- . testimonio vivo (educación religiosa) de la salvación transmitido de padres a hijos.

— *Salmo 78, 3-7*: «Lo que hemos oído y lo que sabemos, lo que nuestros padres nos contaron, no se lo callaremos a nuestros hijos, a la futura generación lo contaremos: los laudes de Yahvéh y su poderío, las maravillas que él hizo. El estableció en Jacob un dictamen y puso una ley en Israel. El había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, para que pusieran en Dios su confianza, y no olvidaran las hazañas de Dios y observaran sus mandamientos».

b) San Pablo.

Este apóstol empalma muy acertadamente con la pedagogía antigua. Pedagogía marcada por una educación humana a la vez que religiosa, si bien orientada ahora a partir del misterio de Cristo.

— Efes. 6, 1-3: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor; porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, tal es el primer mandamiento que lleva consigo una promesa: para que seas feliz y se prolongue tu vida sobre la tierra. Padres, formad a vuestros hijos mediante la instrucción y la corrección según el Señor».

— Col. 3, 20-21: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados».

c) A modo de resumen:

En el Antiguo Testamento, la catequesis familiar está radicada en el clan familiar. Así un niño no yahvista, no es judío (y viceversa). En cambio hoy en el proceso de educación hacia la fe, entre la familia nuclear y la parroquia hay un espacio muy lejano.

Jesús da una significación nueva a los conceptos de «padre, madre, hermano»: equivalen a la capacidad no sólo biológica de transmitir la vida sino sobre todo de acoger la palabra de Dios, de ponerla por obra y, así, de transmitirla, engendrando a otros en la fe. Porque la fe es personal, pero habrá de ser comunicada. Y en concreto la fe en la familia se sitúa en la mutua reciprocidad entre padres e hijos.

B) *Catequesis familiar en la Teología*

La teología nos enseña a relativizar la familia y a descubrir en esta relatividad su verdadero sentido cristiano así como su grandeza.

La familia no es para el cristiano un absoluto. Es más bien un ámbito donde acontece «sacramentalmente» el amor de Dios entre los hombres: amor creador, potenciador, dignificador; amor hecho carne, palabra, donación en Cristo.

En esta referencia es donde hay que descubrir el sentido de la fidelidad, de la indisolubilidad, de la paternidad, de la filiación y todo ello desde unas relaciones mutuas de amor gratuito y solidario.

Al profundizar en la naturaleza de la familia cristiana, la teología descubre en su globalidad que todo el acontecimiento salvífico —en lo que éste entraña de amor gratuito, de acogida y de perdón— se encuentra en ella representado de manera peculiar. Así, la familia no es simplemente uno de

los campos de la actividad pastoral, ni tampoco un mero objeto de una reflexión teológica sectorial, sino que en ella se proyecta y se significa la realidad de la Iglesia como acontecimiento de la presencia amorosa de Dios en Jesús.

De ahí que la familia deba estar siempre abierta al dinamismo y a la evolución del *acontecimiento salvador*. Por eso, la familia es un proyecto que existe en tanto en cuanto se realiza; una tarea común, abierta y creciente, con compromisos renovados y nuevos que cada uno de sus miembros ha de asumir desde la dinámica de su propia conversión a los otros y, en especial, a los hijos.

Resumiendo, para la teología, la familia es una forma peculiar de la comunidad cristiana. Es ámbito de comunión y de servicio. Es comunidad de amor y de fe. En ella adquieren una hondura nueva la oración, la evangelización, las celebraciones sacramentales, el trabajo, el dolor y la alegría, el nacimiento y la muerte... Desde este misterio cristiano de la comunión y el servicio en la comunidad familiar adquiere un significado teológico peculiar la vivencia cristiana de la sexualidad como donación y como mediación.

C) *Catequesis familiar en la doctrina de la Iglesia*

Vamos a intentar hacer un breve recorrido desde el Concilio Vaticano II (1965) a la *Familiaris consortio* (1981).

Ciertamente el Vaticano II hizo una extraordinaria opción en pro del matrimonio y la familia. Sobre todo en los siguientes documentos conciliares.

a) En el de *Liturgia* (SC): afirmando, que

— «el matrimonio cristiano es un acontecimiento eclesial» (n. 26);

— «es celebración de fe, ya que los sacramentos presuponen la fe, expresan y celebran la fe y aumentan la fe» (n. 59).

b) Sobre la *Iglesia* (LG): diciendo que

— «el matrimonio cristiano es y constituye la Iglesia, en la cual los esposos cristianos tienen su propia vocación: son mutuamente y para los hijos testigos de la fidelidad y del amor de Cristo» (n. 11);

— «la familia cristiana proclama las virtudes presentes del reino de Dios en el mundo y pone en alto los fundamentos de la esperanza de un mundo feliz» (n. 35);

— «Los esposos y padres cristianos ofrecen a todos el ejemplo de un incansable y generoso amor; y contribuyen al establecimiento de la fraternidad en la caridad» (n. 41).

c) *Iglesia en el mundo actual* (GS): proclamando, que

— «es excelsa la misión de los padres: fomentar la comunidad de amor» (n. 47);

— «el matrimonio es íntima comunidad de vida y amor» (n. 48);

— «la familia es la escuela del más rico humanismo y de la fe» (n. 52).

Otro gran documento es la Exhortación Apostólica del Papa Juan Pablo II, *Familiaris consortio*. Quiere el Papa presentar una Iglesia al servicio de la familia, convencido de que esta es la célula vital y primordial de la Iglesia y de la sociedad.

Recojamos las afirmaciones principales:

— «la futura evangelización depende en gran parte de la Iglesia doméstica» (n. 52);

— «la misión apostólica de la familia está enraizada en el bautismo y recibe con la gracia sacramental del matrimonio una nueva fuerza para transmitir la fe» (n. 52);

— «la familia cristiana es la primera comunidad llamada a anunciar el evangelio a la persona humana en desarrollo y conducirla a la plena madurez humana y cristiana, mediante una progresiva educación y catequesis» (n. 2);

— «la familia es la única comunidad en la que todo hombre es amado por sí mismo por lo que es y no por lo que tiene» (n. 11).

5. LA CATEQUESIS FAMILIAR Y LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD

Estamos profundamente convencidos de que el planteamiento que hacemos de la educación hacia la fe como proceso permanente, iniciado ya desde la infancia en el ambiente de la comunidad parroquial, requiere también una seria, consciente y responsable cooperación por parte de la familia, de los padres. Estos son su primera mediación humana y religiosa.

Existe abundante material bajo el título de «Catequesis Familiar». En este momento en que tiene tanto auge la catequesis de la infancia (sobre todo), son muchas las parroquias y educadores que están queriendo catequizar desde o con los padres. Pero la praxis es muy variada. Así, por ejemplo:

— hay quienes *envían un material* a casa a los padres para que lo trabajen (a modo de ficha) durante varias semanas;

— hay quienes *convocan a los padres*, para darles una explicación general del material que luego ellos van a impartir en sus casas a los hijos;

— hay quienes hacen de la catequesis una *escuela de padres* (en primer lugar) en la que los temas, tomados de las vivencias familiares, son

trabajados periódicamente por grupos de padres. En estas sesiones, en un segundo momento, se recogen algunas orientaciones para ofrecer a los hijos en casa más como contagio y vivencia que como ficha. Cada cierto tiempo, los mismos padres agrupan a sus hijos para hacer la puesta en común del trabajo hecho por cada familia en casa y compartir la experiencia religiosa. Esta catequesis intenta hacer madurar a los padres, animándoles a ser ellos mismos agentes de la fe, más vital que doctrinalmente. En esta experiencia podemos destacar los siguientes elementos: encuentro (escuela de padres), labor en casa, encuentro grupal de hijos, celebración conjunta mensual de padres e hijos.

A la hora de observar los objetivos de estas experiencias múltiples (sobre todo las del tercer caso arriba mencionado) parecen apuntar pasos con perspectiva de futuro. Subrayo algunos de estos objetivos que pueden ser iluminadores para la catequesis:

- ofrecer la experiencia de catequesis familiar como acompañamiento de los padres en el proceso de fe de los hijos;
- ayudar a hacer de la familia una escuela de valores que les lleve a madurar a los mismos padres, en primer lugar;
- descubrir conscientemente que en lo que ellos viven a diario está el Espíritu de Jesús, vivido y celebrado en la familia;
- desarrollar el compromiso bautismal, asumido antes por los padres;
- incorporar a los padres a través de la catequesis familiar en la vida de la comunidad;
- favorecer la siembra de valores sociales previos a la celebración de la fe;
- crear espacios de militancia de Iglesia como pueblo de Dios;
- plantear toda la iniciación sacramental hacia la fe desde la familia.

El proyecto catequético elaborado por el Secretariado Diocesano de Catequesis de la Infancia de San Sebastián, engloba así todos estos objetivos: «Los padres creyentes son los primeros responsables de la educación en la fe de sus hijos. En la medida en que el hogar familiar sea un núcleo eclesial, donde se viva la fe en Jesús y se exprese dicha fe, al tiempo que se participa en la comunidad cristiana de un ámbito más amplio, será posible que el niño crezca participando y asumiendo los valores religiosos de la comunidad creyente. En esta línea, podrá ser muy provechoso el que las familias amigas encuentren ocasiones para convivir, llegando a compartir, expresar y celebrar la fe doméstica» (1980, pp. 12, 3-1).

6. PUNTOS BÁSICOS PARA EL PROYECTO DE CATEQUESIS FAMILIAR

- Es fundamental una Iglesia de *adultos creyentes*.
 - . Sin adultos en la fe, no puede haber una Iglesia adulta.
 - . La catequesis de adultos constituye la principal forma de promoción de seglares en la Iglesia.
 - Es necesario que el padre y la madre sean educadores en ritmo permanente de paternidad: desde la relación biológica, desde la relación original, desde la relación de ejemplaridad, desde la relación de ayuda, desde el sacramento del matrimonio.
 - . Sin padres que sean verdaderos educadores en la fe, la catequesis resultará siempre ritual, pasajera, infantil;
 - . Sin familias, educadoras en la experiencia cristiana, es difícil que exista una parroquia que sea comunidad de comunidades.
 - Los sacerdotes y agentes pastorales debemos hacer lo posible para que el modelo familiar, que humaniza, que hace personas, que acompaña en la fe y la avala y que es abierto a todos, sea el mejor modelo de comunidad parroquial (eclesial).
 - . Eso será posible si creamos espacios en la Iglesia y en las estructuras de todo tipo para personas-pareja y para proyectos familiares.
 - Ya desde hoy las parroquias deberían posibilitar el que las familias (unión de grupos de familias como escuela familiar) se rebelen contra la sociedad cerrada y consumista y *vivan* de acuerdo con el mensaje de las Bienaventuranzas.
 - . Tenemos que luchar para que el valor «persona» no sea manipulado por la sociedad, por la propaganda, el poder y las ideologías;
 - . la pastoral de los jóvenes valora positivamente la familia-escuela y los grupos de padres o familias cristianos.
 - Si el sacramento del bautismo lo reciben los hijos desde la fe de ambos padres, lo normal es que los padres garanticen y ejemplaricen grupalmente la vivencia religiosa de sus hijos tanto en la infancia como en la juventud.
 - Si la evangelización y la catequización son para vivir desde la fe cristiana todas las etapas de la vida humana, también la familia necesita ser protagonista en el proceso catecumenal de los hijos y de los jóvenes.
- Concluyendo: la familia cristiana será una fuerza evangelizadora si de verdad se constituye en una escuela de verdaderos valores evangélicos; si florece el matrimonio como vocación profética; si los padres hablan más del amor entre las familias que de su (sola) familia; si presencian en su pro-

yecto el sacramento fraternal y salvador de Jesucristo; si su vocación comunitaria (familia abierta y solidaria) es capaz de crear fiabilidad y fraternidad en Dios Padre.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- Varios, *Los retos a la Familia creyente* (Idatz, Bilbao 1983).
- Juan Pablo II, *Familiaris consortio* (Madrid 1981).
- M. F. C., *Matrimonio cristiano y familia* (Santander 1981).
- Gómez Ríos, M., *Familia abierta y comprometida* (Madrid 1981).
- Rodríguez, A., *La familia, espacio para el riesgo y la experiencia*, en "Sal Terrae", n. 1, 1981.
- Con. Epis. Esp., *Matrimonio y familia, hoy* (Madrid 1979) n. 46.
- Beltrán Quera, M., *Escuela de matrimonios* (Barcelona 1982).
- Barrena, F., *Con los padres* (Madrid 1985).
- Íceta, M., *Hogares en oración* (Madrid 1979).